

EL CEREZO

Érase una vez un pequeño pulmón, de color rosado, como una tímida aurora incipiente. Parecía un hermoso bonsái de un cerezo en flor, repleto de microscópicas ramas, y recubierto por una suave piel. Este pulmón se nutría del ambiente donde vivía su dueño, un pequeño niño que adoraba mirar al cielo y observar la diversidad de aves nadando en la atmósfera. Con el paso de los años, el adulto que fue ese niño, y el niño que habitaba en ese adulto, se fueron entristeciendo por el color gris poluto que el cielo iba adquiriendo. Apenas quedaba rastro de todo ese jolgorio de pajarillos aleteando del que ambos solían disfrutar juntos antaño. Lo que el adulto aún no sabía es que su pequeño cerezo también había dejado de ser rosado. Se había tornado gris, oscuro, como ese polvoriento y espeso firmamento al que ahora tanto detestaba.

Matrioska